

no da crédito al amor y á la razón cuando se juntan? La razón no se engaña y el amor no quiere engañar; y así, conforme á esto, tiene la buena mujer tomados al marido todos los puertos, porque ni pensará que se engaña la que tan discreta es, ni sospechará que le quiere engañar la que como su mujer le ama. Y si los beneficios en la voluntad de quien los recibe crían deseo de agradecimiento y la aseguran, para que sin recelo se fie de aquel de quien los ha recibido, y ambas á dos cosas hacen poderosísimo el consejo que da el beneficiador al beneficiado, ¿qué beneficio hay que iguale al que recibe el marido de la mujer que vive como aquí se dice? De un hombre extraño, si oímos que es virtuoso y sábio, nos fiamos de su parecer, y dudará el marido de obedecer á la virtud y discreción que cada día ve y experimenta? Y porque decimos cada día, tienen aun mas las mujeres para alcanzar de sus maridos lo que quisieren esta oportunidad y aparejo, que pueden tratar con ellos cada día y cada hora, y á las horas de mejor coyuntura y sazón. Y muchas veces lo que la razón no puede, la importunidad lo vence, y señaladamente la de la mujer, que, como dicen los experimentados, es sobre todas. Y verdaderamente es caso, no sé si diga vergonzoso ó donoso, decir que las buenas no son poderosas para concertar sus maridos, siendo las malas valientes para inducirlos á cosas desatinadas que los destruyen. La mujer por sí puede mucho, y la virtud y razón tambien á sus solas es muy valiente, y juntas entrambas cosas, se ayudan entre sí y se fortifican de tal manera, que lo ponen todo debajo de los pies. Y ellas saben que digo verdad, y que es verdad que se puede probar con ejemplo de muchas que con su buen aviso y discreción han enmendado mil malos siniestros en sus maridos, y ganádoles el alma y emendádoles la condición, en unos brava, en otros distraida, en otros por diferentes maneras viciosa. De arte que las que se quejan ahora dellos y de su desórden, quejense de sí primero y de su negligencia, por la cual no los tienen cual deben. Mas si con el marido no pueden, con los hijos, que son parte suya y los traen en las manos desde su nacimiento y les son en la niñez como cera, ¿qué pueden decir, sino confesar que los vicios dellos y los desastres en que caen por sus vicios, por la mayor parte son culpas de sus padres? Y porque ahora hablamos de las madres, entiendan las mujeres que, si no tienen buenos hijos, gran parte dello es porque no les son ellas enteramente sus madres. Porque no ha de pensar la casada que el ser madre es engendrar y parir un hijo; que en lo primero siguió su deleite, y á lo segundo le forzó la necesidad natural. Y si no hiciesen por ellos mas, no sé en cuánta obligación los pondrán. Lo que se sigue despues del parto es el puro oficio de la madre, y lo que puede hacer bueno al hijo y lo que de veras le obliga. Por lo cual, téngase por dicho esta perfecta casada que no lo será si no cria á sus hijos, y que la obligación que tiene por su oficio á hacerlos buenos, esa misma le pone necesidad á que los críe á sus pechos; porque con la leche, no digo que se aprende, que eso fuera mejor, porque contra lo mal aprendido es remedio el olvido; sino digo que se bebe y convierte en sustancia y como en naturaleza todo lo bueno y lo

malo que hay en aquella de quien se recibe; porque el cuerpo ternecio de un niño, y que salió como comenzado del vientre, la teta le acaba de hacer y formar. Y segun quedare bien formado el cuerpo, así le avendrá al alma despues, cuyas costumbres ordinariamente nacen de sus inclinaciones dél; y si los hijos salen á los padres de quien nacen, ¿cómo no saldrán á las amas con quien pacen, si es verdadero el refran español? ¿Por ventura no vemos que cuando el niño está enfermo purgamos al ama que le cria, y que con purificar y sanar el mal humor della le damos la salud á él? Pues entendamos que, como es una la salud, así es uno el cuerpo, y si los humores son unos, ¿cómo no lo serán las inclinaciones, las cuales, por andar siempre hermanadas con ellos, en castellano con razón las llamamos *humores*? De arte que si el alma es borracha, habemos de entender que el desdichadito beberá con la leche el amor del vino; si colérica, si tonta, si deshonesta, si de viles pensamientos y ánimo, como de ordinario lo son, será el niño lo mismo. Pues si el no criar los hijos es ponerlos á tan claro y manifiesto peligro, ¿cómo es posible que cumpla con lo que debe la casada que no los cria? Esto es decir la que en la mejor parte de su casa, y para cuyo fin se casó principalmente, pone tan mal recaudo. ¿Qué le vale ser en todo lo demás diligente, si en lo que es mas es así descuidada? Si el hijo sale perdido, ¿qué le vale la hacienda ganada? O ¿qué bien puede haber en la casa donde los hijos para quien es no son buenos? Y si es parte desta virtud conjugal, como habemos ya visto, la piedad generalmente con todos, las que son tan sin piedad, que entregan á un extraño el fruto de sus entrañas, y la imagen de virtud y de bien que en él habia comenzado la naturaleza á obrar, consienten que otro la borre, y permiten que imprima vicios en lo que del vientre salía con principio de buenas inclinaciones, cierto es que no son buenas casadas, ni aun casadas, si habemos de hablar con verdad; porque de la casada es engendrar hijos, y hacer esto es perderlos; y de la casada es engendrar hijos legítimos, y los que se crían así, mirándolo bien, son llanamente bastardos. Y porque vuestra merced vea que hablo con verdad, y no con encarecimiento, ha de entender que la madre en el hijo que engendra no pone sino una parte de su sangre, de la cual la virtud del varon, figurándola, hace carne y huesos. Pues el ama que cria pone lo mismo, porque la leche es sangre, y en aquella sangre la misma virtud del padre que vive en el hijo hace la misma obra; sino que la diferencia es esta, que la madre puso este su caudal por nueve meses, y la ama por veinte y cuatro; y la madre cuando el parto era un tronco sin sentido ninguno, y el ama cuando comienza ya á sentir y reconocer el bien que recibe; la madre influye en el cuerpo, el ama en el cuerpo y en el alma. Por manera que echando la cuenta bien, el ama es la madre, y la que parió es peor que madrastra, pues enajena de sí á su hijo, y hace bardo lo que habia nacido legítimo, y es causa que sea mal nacido el que pudiera ser noble, y comete en cierta manera un género de adulterio poco menos feo y no menos dañoso que el ordinario, porque en aquel vende al marido por hijo el que no es dél, y aquí el que

no lo es della, y hace sucesor de su casa al hijo del ama y de la moza, que las mas veces es una ó villana ó esclava. Bien conforma con esto lo que se cuenta haber dicho un cierto mozo romano, de la familia de los Gracos, que volviendo de la guerra vencedor y rico de muchos despojos, y viniéndole al encuentro para recibirle alegres y regocijadas su madre y su ama juntamente, él, vuelto á ellas y repartiendo con ellas de lo que traía, como á la madre le diese un anillo de plata y al ama un collar de oro, y como la madre, indignada desto, se doliese dél, le respondió que no tenia razón; «porque, dijo, vos no me tuvisteis en el vientre mas de por espacio de nueve meses, y esta me ha sustentado á sus pechos por dos años enteros. Lo que yo tengo de vos es solo el cuerpo, y aun ese me diste por manera no muy honesta, mas la dádiva que desta tengo, dió-mela ella con pura sencilla voluntad. Vos, en naciendo yo, me apartaste de vos y me alejaste de vuestros ojos, mas esta ofreciéndose, me recibí, desechado, en sus brazos amorosamente, y me trató así, que por ella he llegado y venido al punto y estado en que ahora estoy.» Manda san Pablo, en la doctrina que dá las casadas (a), «que amen á sus hijos.» Natural es á las madres amarlos, y no habia para qué san Pablo encargase con particular precepto una cosa tan natural; de donde se entiende que el decir «que los amen», es decir que los críen, y que el dar leche la madre á sus hijos, á eso san Pablo llama *amarlos*, y con gran propiedad; porque el no criarlos es venderlos y hacerlos no hijos suyos, y como desheredarlos de su natural, que todas ellas son obras de aborrecimiento, y tan fiero, que vencen en ello aun á las fieras, porque, ¿qué animal tan crudo hay, que no críe lo que produce, que fie de otro la crianza de lo que pare? La braveza del leon sufre con mansedumbre á sus cachorrillos que importunamente le desjuguen las tetas. Y el tigre, sediento de sangre, da alegremente la suya á los suyos. Y si miramos á lo delicado, el flaco pajarillo, por no dejar sus huevos, olvida el comer y se enflaquece, y cuando los ha sacado, rodea todo el aire volando, y trae alegre en el pico lo que él desea comer, y no lo come porque ellos lo coman. Mas ¿qué es menester salirnos de casa? La naturaleza dentro della misma declara casi á voces su voluntad, enviando, luego despues del parto, leche á los pechos. ¿Qué mas clara señal esperamos de lo que Dios quiere, que ver lo que hace? Cuando les levanta á las mujeres los pechos, les manda que críen; engrosándoles los pezones, les avisa que han de ser madres; los rayos de la leche que viene son como agujones con que las dispierta á que alleguen á sí lo que parieron. Pero á todo esto se hacen sordas algunas, y excúsanse con decir que es trabajo y que es hacerse temprano viejas, parir y criar. Es trabajo, yo lo confieso; mas si esto vale, ¿quién hará su oficio? No esgrima la espada el soldado, ni se ponga al enemigo, porque es caso de peligro y sudor; y porque se lacera mucho en el campo, desampare el pastor sus ovejas. Es trabajo el parir y criar, pero entiendan que es un trabajo hermanado, y que no tienen licencia para dividirlo. Si les duele el criar, no paran, y si les agrada el parir, críen tambien. Si en

(a) Ad tit., cap. 2, v. 4.

esto hay trabajo, el del parto es sin comparación el mayor. Pues ¿por qué las que son tan valientes en lo que es mas, se acobardan en aquello que es menos? Bien se dejan entender las que lo hacen así, y cuando no por sus hijos, por lo que deben á su vergüenza, habian de traer mas cubiertas y disimuladas sus inclinaciones. El parir, aunque duele agramente, al fin se lo pasan. Al criar no arrostran, porque no hay deleite que lo alcahete. Aunque si se mira bien, ni aun esto les falta á las madres que crían; antes en este trabajo la naturaleza, sábia y prudente, repartió gran parte de gusto y de contento. El cual, aunque no le sentimos los hombres, pero la razón nos dice que le hay, y en los extremos que hacen las madres con sus niños lo vemos. Porque, ¿qué trabajo no paga el niño á la madre cuando ella le tiene en el regazo desnudo, cuando él juega con la teta, cuando la hiere con la manecilla, cuando la mira con risa? Pues cuando se le añuda al cuello y la besa, pareceme que aun la deja obligada. Crie pues la casada perfecta á su hijo, y acabe en él el bien que formó, y no dé la obra de sus entrañas á quien se la dañe, y no quiera que torne á nacer mal lo que habia nacido bien, ni que sea maestra de vicios la leche, ni haga bastardo á su sucesor, ni consienta que conozca á otra antes que á ella por madre, ni quiera que en comenzando á vivir se comience á engañar. Lo primero en que abra los ojos su niño sea en ella, y de su rostro della se figure el rostro dél. La piedad, la dulzura, el aviso, la modestia, el buen saber, con todos los demás bienes que le habemos dado, no solo los traspase con la leche en el cuerpo del niño, sino tambien los comience á imprimir en el alma tierna dél con los ojos y con los semblantes; y ame y desee que sus hijos le sean suyos del todo; y no ponga su hecho en parir muchos hijos, sino en criar pocos buenos; porque los tales con las obras la ensalzarán siempre, y muchas veces con las palabras, diciendo lo que se sigue.

§. XIX.

Qué alabanzas merece la perfecta casada, y cómo para serlo, es menester que esté adornada de muchas perfecciones.

Muchas hijas allegaron riquezas, mas tú subiste sobre todas (b).

Hijas llama el hebreo á cualesquier mujeres. Por riquezas habemos de entender no solo los bienes de la hacienda, sino tambien los del alma, como son el valor, la fortaleza, la industria, el cumplir con su oficio, con todo lo demás que pertenece á lo perfecto desta virtud, ó por decirlo mas brevemente, riquezas aquí se toman por esta virtud conjugal puesta en su punto. Y dice Salomon que los hijos de la perfecta casada, loándola, la encumbran sobre todas, y dicen que de las buenas ella es la mas buena, lo cual dice ó escribe Salomon que lo dirán conforme á la costumbre de los que loan, en la cual es ordinario lo que es loado ponerlo fuera de toda comparación, y mas cuando en los que alaban se ayunta á la razón la afición. Y á la verdad todo lo que es perfecto en su género tiene aquesto, que si lo miramos con atención, hinche así la vista del que lo mira, que

(b) Vers. 29.

no le deja pensar que hay igual. O digamos de otra manera, y es que no se hace la comparación con otras casadas que fueron perfectas, sino con otras que parecieron quererlo ser. Y esto cuadra bien, porque esta mujer que aquí se loa, no es alguna particular que fué tal como aquí se dice, sino el dechado y como la idea común que comprehende todo este bien; y no es una perfecta, sino todas las perfectas, ó por mejor decir, es la misma perfección; y así, no se compara con otra perfección de su género, porque no hay otra y en ella está toda, sino compárase con otras cualidades que caminan á ella y no le llegan, y que en la apariencia son este bien, mas no en los quilates. Porque á cada virtud la sigue é imita otra que no es ella ni es virtud; como la osadía parece fortaleza, y no lo es, y el desperdiciado no es liberal, aunque lo parece. Y por la misma manera hay casadas que se quieren mostrar cabales y perfectas en su oficio, y quien no atiende bien, creerá que lo son, y á la verdad no atinan con él; y esto por diferentes maneras; porque unas, si son caseras, son avarientas; otras, que velan en la guarda de la hacienda, en lo demás se descuidan; unas crían los hijos y no curan de los criados; otras son grandes curadoras y acariadoras de la familia, y con ella hacen bando contra el marido. Y porque todas ellas tienen algo de su perfección, que tratamos, parece que la tienen toda, y de hecho carecen della, porque no es cosa que se vende por partes. Y aun hay algunas que se esfuerzan á todo, pero no se esfuerzan á ello por razón, sino por inclinación ó por antojo; y así, son movedizas, y no conservan siempre un tenor ni tienen verdadera virtud, aunque se asemejan mucho á lo bueno. Porque esta virtud, como las demás, no es planta que se da en cualquier tierra, ni es fruta de todo árbol, sino quiere su propio tronco y raíz, y no nace ni mana sino es de una fuente, que es la que se declara en lo que se sigue.

§. XX.

De cómo la mujer que es buena ha de cuidar de ir limpia y aseada para mostrar así su ánimo compuesto y concertado, que ha de procurar adorar principalmente con el temor santo de Dios.

Engaño es el buen donaire, y burlería la hermosura; la mujer que teme á Dios, esa es digna de loor (a).

Pone la hermosura de la buena mujer, no en las figuras del rostro, sino en las virtudes secretas del alma, las cuales todas se comprehenden en la Escritura debajo desto que llamamos temer á Dios. Mas aunque este temor de Dios, que hermosea el alma de la mujer como principal hermosura, se ha de buscar y estimar en ella, no carece de cuestión lo que de la belleza corporal dice aquí el Sábio, cuando dice que es vana y que es burlería; porque se suele dudar si es conveniente á la buena casada ser bella y hermosa. Bien es verdad que esta duda no toca tan derechamente en aquello á que las perfectas casadas son obligadas, como en aquello que deben buscar y escoger los maridos que desean ser bien casados. Porque el ser hermosa ó fea una mujer,

(a) Vers. 30.

es cualidad con que se nace, y no cosa que se adquiere por voluntad ni de que se puede poner ley ni mandamiento á las buenas mujeres. Mas como la hermosura consiste en dos cosas, la una que llamamos buena proporción de figuras, y la otra que es limpieza y aseó, porque sin lo limpio no hay nada hermoso; aunque es verdad que ninguna, si no lo es, se puede figurar como hermosa, dado que lo procure, como se ve en que muchas lo procuran y en que ninguna dellas sale con ello; pero lo que toca al aseó y limpieza, negocio es que la mayor parte del está puesta en su cuidado y voluntad; y negocio de cualidad, que aunque no es de las virtudes que ornán el ánimo, es fruto della, é indicio grande de la limpieza y buen concierto que hay en el alma, el cuerpo limpio y bien aseado; porque, así como la luz encerrada en la linterna la esclarece y traspara, y se descubre por ella, así el alma clara y con virtud resplandeciente, por razón de la mucha hermandad que tiene con su cuerpo, y por estar íntimamente unida con él, le esclarece á él, y le figura y compone cuanto es posible de su misma composición y figura; así que, si no es virtud del ánimo la limpieza y aseó del cuerpo, es señal de ánimo concertado y limpio y aseado, á lo menos es cuidado necesario en la mujer para que se conserve y se acreciente el amor de su marido con ella, si ya no es él por ventura tal que se deleite y envíe en el cieno. Porque ¿cuál vida será la del que ha de traer á su lado siempre en la mesa, donde se asienta para tomar gusto, y en la cama, que se ordena para descanso y reposo, un desaliño y un aseó que ni se puede mirar sin torcer los ojos, ni tocar sin atapar las narices? O ¿cómo será posible que se allegue el corazón á lo que naturalmente aborrece y de que rehuye el sentido? Será sin duda un perpétuo y duro freno al marido el deseo de su mujer, que todas las veces que inclinarse ó quisiera inclinarse á ella su ánimo, le irá deteniendo y le apartará y como torcerá á otra parte. Y no será esto solamente cuando la viere, sino todas las veces que entrare en su casa, aunque no la vea. Porque la casa forzosamente y la limpieza della olerá á la mujer, á cuyo cargo está su aliño y limpieza, y cuanto ella fuere aseada ó desaseada, tanto así la casa como la mesa y el lecho tendrá de sucio ó de limpio. Así que, desto que llamamos belleza, la primera parte, que consiste en el ser una mujer aseada y limpia, cosa es que el serlo está en la voluntad de la mujer que lo quiere ser, y cosa que le conviene á cada una quererla, y que pertenece á esto perfecto que hablamos, y lo compone y hermosea como las demás partes dello. Pero la otra parte, que consiste en el escogido color y figuras, ni está en la mano de la mujer tenerla, y así no pertenece á aquesta virtud, ni por ventura conviene al que se casa buscar mujer que sea muy aventajada en belleza; porque, aunque lo hermoso es bueno, pero están ocasionadas á no ser buenas las que son hermosas. Bien dijo acerca desto el poeta Simónides (b):

Es bella cosa al ver la hembra hermosa,
Bella para los otros; que al marido
Costoso daño es y desventura.

(b) Apud Stobaeum, stém. LXXII.

Porque lo que muchos desean hace de guardar de muchos, y así corre mayor peligro, y todos se aficionan al buen parecer. Y es inconveniente gravísimo que en la vida de los casados, que se ordenó para que ambas las partes descansase cada una dellas, y se descuidase en parte con la compañía de su vecina, se escoja tal compañía, que de necesidad obligue á vivir con recelo y cuidado, y que buscando el hombre mujer para descuidar de su casa, la tome tal, que le atormentase con recelo todas las horas que no estuviere en ella. Y no solo esta belleza es peligrosa porque atrae á sí y enciende en su codicia los corazones de los que la miran, sino también porque despierta á las que la tienen á que gusten de ser codiciadas; porque, si todas generalmente gustan de parecer bien y de ser vistas, cierto es que las que lo parecen no querrán vivir escondidas; demás de que á todos nos es natural el amar nuestras cosas, y por la misma razón el desear que nos sean preciadas y estimadas, y es señal que es una preciada cuando muchos la desean y aman; y así, las que se tienen por bellas, para creer que lo son, quieren que se lo testimonien las aficiones de muchos. Y si va á decir verdad, no son ya honestas las que toman sabor en ser miradas y recuestadas deshonestamente. Así que, quien busca mujer hermosa camina con oro por tierra de salteadores, y con oro que no se consiente encubrir en la bolsa, sino que se hace él mismo afuera y se les pone á los ladrones delante los ojos, y que cuando no causase otro mayor daño y cuidado, en esto solo hace que el marido se tenga por muy afrentado, si tiene juicio y valor; porque en la mujer semejante la ocasión que hay para no ser buena, por ser codiciada de muchos, esa misma hace en muchos grande sospecha de que no lo es, y aquesta sospecha basta para que arde en lenguas menoscabada y perdida su honra. Y si este bien de beldad tuviera algun tomo, pudieran por él ponerse á este riesgo los hombres; mas ¿quién no sabe lo que vale y lo que dura esta flor, cuán presto se acaba, con cuán ligeras ocasiones se marchita, á qué peligros está sujeta, y los censos que paga? «Toda la carne es heno, dice el Profeta (a), y toda la gloria della, que es su hermosura toda, y su resplandor como flor de heno.» Pues bueno es que por el gusto de los ojos ligero y de una hora quiera un hombre cuerdo hacer amargo el estado en que ha de perseverar cuanto le perseverare la vida, y que para que su vecino mire con contento á su mujer, muera él herido de mortal descontento, y que negocie con sus pesares propios los placeres ajenos. Y si aquesto no basta, sea su pena su culpa, que ella misma le labrará; de manera que, aunque le pese algun día, y muchos días conozca sin provecho y condene su error, y diga, aunque tarde, lo que aquí dice desto su perfecto dechado de mujeres el Espíritu Santo: «Engaño es el buen donaire, y burlería la hermosura; la mujer que teme á Dios, esa es digna de ser loada.» Porque se ha de entender que esta es la fuente de todo lo que es verdadera virtud, y la raíz de donde nace todo lo que es bueno, y lo que solo puede hacer y hace que cada uno cumpla entera y perfectamente con lo que

(a) Isaías, cap. 41, v. 6.

debe, el temor y respeto de Dios, y el tener cuenta con su ley; y lo que en esto no se funda, nunca llega al colmo, y por bueno que parece, se hiela en flor. Y entendemos por temor de Dios, según el estilo de la Escritura Sagrada, no solo el afecto del tener, sino el emplearse uno con voluntad y con obras en el cumplimiento de sus mandamientos, y lo que, en una palabra, llamamos servicio de Dios. Y descubre esta raíz Salomón á la postre, no porque su cuidado ha de ser el postrero; que antes, como decimos, el principio de todo este bien es ella; sino lo uno, porque temer á Dios y guardar con cuidado su ley, no es mas propio de la casada que de todos los hombres. A todos nos conviene meter en este negocio todas las velas de nuestra voluntad y afición, porque sin él ninguno puede cumplir ni con las obligaciones generales de cristiano ni con las particulares de su oficio. Y lo otro, decirlo al fin por dejarlo mas firme en la memoria, y para dar á entender que este cuidado de Dios no solamente lo ha de tener por primero, sino también por postrero; quiero decir, que comience y demedie y acabe todas sus obras, y todo aquello á que le obliga su estado, de Dios y en Dios y por Dios; y que haga lo que conviene, no solo con las fuerzas que Dios le da para ello, sino última y principalmente por agradar á Dios, que se las da. Por manera que el blanco adonde ha de mirar en cuanto hace, ha de ser Dios, así para pedirle favor y ayuda en lo que hiciere, como para hacer lo que debe puramente por él; porque lo que se hace, y no por él, no es enteramente bueno, y lo que se hace sin él, como cosa de nuestra cosecha, es de muy bajos quilates. Y esto es cierto, que una empresa tan grande y adonde se ayuntan tan diversas y tan dificultosas obligaciones como es satisfacer una casada á su estado, nunca se hizo ni aun medianamente sin que Dios proveyese de abundante favor. Y así, el temor y servicio de Dios ha de ser en ella lo principal y lo primero, no solamente porque le es mandado, sino también porque le es necesario; porque las que por aquí no van siempre, se pierden, y demás de ser mal cristianas, en ley de casadas nunca son buenas, como se ve cada día. Unas se esfuerzan por temor del marido, y así, no hacen bien mas de lo que ha de ver y entender. Otras, que trabajan porque le aman y quieren agradar, en entibiándose el amor, desamparan el trabajo. A las que mueve la codicia no son caseras, sino escasas, y demás de escasas, faltas por el mismo caso en otras virtudes de las que pertenecen á su oficio, y así, por una muestra de bien no tienen ninguno. Otras que se inclinan por honra y que aman el parecer buenas, por ser honradas cumplen con lo que parece, y no con lo que es, y ninguna dellas consiguen lo que pretenden ni tienen un ser en lo que hacen, sino con los días mudan los intentos y pareceres, porque caminan ó sin guía ó con mala guía, y así, aunque trabajan, su trabajo es vano y sin fruto. Mas al revés, las que se ayudan de Dios y enderezan sus obras y trabajos á Dios cumplen con todo su oficio enteramente, porque Dios quiere que le cumplan todo, y cúmplenlo, no en apariencia, sino en verdad, porque Dios no se engaña; y andan en su trabajo con su gus-

to y deleite, porque Dios persevera; y son siempre unas, porque el que las alienta es él mismo; y caminan sin error, porque no le hay en su guía; y crecen en el camino y van pasando adelante, y en breve espacio traspasan largos espacios, porque su hecho tiene todas las buenas cualidades y condiciones de la virtud; y finalmente, ellas son las que consiguen el precio y el premio; porque quien le da es Dios, á quien ellas en su oficio miran y sirven; y el premio es el que Salomon, concluyendo toda aquesta doctrina, pone en lo que se sigue.

§. XXI.

Del premio y galardón que tiene Dios aparejado para la perfecta casada, no solo en la otra vida, sino aun en este mundo.

Dalle del fruto de sus manos, y lóenla en las plazas sus obras (a).

Los frutos de la virtud, quiénes y cuáles sean, san Pablo los pone en la epístola que escribió á los gálatas, diciendo (b): «Los frutos del Espíritu Santo son amor y gozo, y paz y sufrimiento, y largueza y bondad, y larga espera y mansedumbre, y fe y modestia, y templanza y limpieza.» Y á esta rica compañía de bienes, que ella por sí sola parecia bastante, se añade ó sigue otro fruto mejor, que es gozar en vida eterna de Dios. Pues estos frutos son los que aquí el Espíritu Santo quiere y manda que se den á la buena mujer, y los que llama fruto de sus manos, esto es, de sus obras della. Porque aunque todo es don suyo, y el bien obrar y el galardón de la buena obra; pero, por su infinita bondad, quiere que porque le obedecemos y nos rendimos á su movimiento, se llame y sea fruto de nuestras manos é industria lo que principalmente es don de su liberalidad y largueza. Vean pues ahora las mujeres cuán buenas manos tienen las buenas, cuán ricas son las labores que hacen y de cuán grande provecho. Y no solo sacan provecho dellos, sino honra tambien, aunque suelen decir que no caben en uno. El provecho son bienes y riquezas del cielo, la honra es una singular alabanza en la tierra. Y así añade: «Y lóenla en las plazas sus obras.» Porque mandar Dios que la loen, es hacer cierto que la

(a) Vers. 31. (b) Cap. 5, v. 22, 23.

alabarán; porque lo que él dice se hace, y porque la alabanza sigue como sombra á la virtud, y se debe á sola ella. Y dice: «En las plazas;» porque no solo en secreto y en particular, sino tambien en público y en general sonarán sus loores, como á la letra acontece. Porque, aunque todo aquello en que resplandece algun bien es mirado ypreciado, pero ningun bien se viene tanto á los ojos humanos, ni causa en los pechos de los hombres tan grande satisfaccion, como una mujer perfecta, ni hay otra cosa en que ni con tanta alegría ni con tan encarecidas palabras abran los hombres las bocas, ó cuando tratan consigo á solas, ó cuando conversan con otros, ó dentro de sus casas, ó en las plazas en público. Porque unos loan lo casero, otros encarecen la discrecion, otros suben al cielo la modestia, la pureza, la piedad, la suavidad dulce y honesta. Dicen del rostro limpio, del vestido aseado, de las labores y de las velas. Cuentan las criadas remediadas, el mejor de la hacienda, el trato con las vecinas amigable y pacífico; no olvidan sus limosnas, repiten cómo amó y ganó á su marido; encarecen la crianza de los hijos, el buen tratamiento de sus criados; sus hechos, sus dichos, sus semblantes alaban. Dicen que fué santa para con Dios y bienaventurada para con su marido, bendicen por ella á su casa y ensalzan á su parentela, y aun á los que la merecieron ver y hablar llaman dichosos; y como á la santa Judit (c), la nombran gloria de su linaje y corona de todo su pueblo; y por mucho que digan, hallan siempre mas que decir. Los vecinos dicen esto á los ajenos, y los padres dan con ella doctrina á sus hijos, y de los hijos pasa á los nietos, y extiéndese la fama por todas partes creciendo, y pasa con clara y eterna voz su memoria de unas generaciones en otras, y no le hacen injuria los años ni con el tiempo envejece, antes con los dias florece mas, porque tiene su raíz junto á las aguas, y así no es posible que descaezca, ni menos puede ser que con la edad caiga el edificio que está fundado en el cielo, ni en manera alguna es posible que muera el loor de la que todo cuanto vivió no fué sino una perpétua alabanza de la bondad y grandeza de Dios, á quien solo se debe eternamente el ensalzamiento y la gloria. Amen.

(c) Judith, cap. 15, v. 10.

FIN DE LA PERFECTA CASADA.

TRADUCCION LITERAL

Y DECLARACION

DEL LIBRO DE LOS CANTARES

DE SALOMON.

PROLOGO.

NINGUNA cosa es mas propia á Dios que el amor, ni al amor hay cosa mas natural que volver al que ama en las mismas condiciones y genio del que es amado; de lo uno y de lo otro tenemos claras experiencias. Cierto es que Dios nos ama, y todo el que no esté muy ciego lo puede conocer en sí por los señalados beneficios que de su mano continuamente recibe: el ser, la vida, el gobierno de ella, y el amparo de su favor, que en ningun tiempo ni lugar nos desampara. Que Dios se precie mas de esto que de otra cosa, y que le sea propio el amor entre todas sus virtudes, vese en sus obras, que todas se ordenan á este fin, que es hacer repartimiento y poner en posesion de sus grandes bienes á las criaturas, haciendo que su misma semejanza resplandezca en todas, y midiéndose así á la medida de cada una de ellas para ser gozado de todos, que, como dijimos, es obra propia del amor. Señaladamente se descubre este beneficio y amor de Dios en el hombre, al cual crió al principio á su imagen y semejanza, como otro Dios, y á la postre se hizo Dios á la figura y semejanza suya, volviéndose hombre últimamente por naturaleza, y mucho antes por trato y conversacion, como se ve claramente en todo el discurso de las sagradas letras, en las cuales por esta causa es cosa maravillosa el cuidado que pone el Espíritu Santo en conformarse con nuestro estilo (á fin de que no nos extrañemos del que nos ama infinitamente), remedando nuestro lenguaje, é imitando en sí proporcionadamente toda la variedad de nuestro ingenio y condiciones, como es el hacerse del alegre y del triste, mostrarse airado y arrepentido, y amenazando á veces, y á veces venciendo con mil blanduras, y no hay aficion ni cualidad tan propia á nosotros y tan extraña á él, en que no se transforme. Testigo de esto son los salmos de David, y mucho mas los escritos de los santos profetas; pero ninguno tanto como este libro de los Cantares, que tenemos entre las manos, donde Dios se muestra herido, y todo á fin de que no huyamos de él ni nos extrañemos de su gracia; y que vencidos, ó que por aficion ó que por vergüenza hagamos lo que nos manda, que es aquello en que consiste nuestra mayor felicidad. Testigo de esto son los versos y canciones de David, las pláticas y sermones de los santos y profetas, los consejos de la sabiduria, y finalmente, toda la vida y doctrina de Jesucristo, luz y verdad, y todo el bien y esperanza nuestra. Pues entre las demás escrituras divinas, una es la cancion suavísima que Salomon, rey y profeta, compuso, en la cual, debajo un enamorado razonamiento, y entre dos, pastor y pastora, mas que en ninguna otra escritura, se muestra Dios herido de nuestros amores, con todas aquellas pasiones y sentimientos que este afecto suele y puede hacer en los corazones humanos mas blandos y mas tiernos. Ruega, llora y pide celos, vase como desesperado, y vuelve luego; y